



IV

CÓMO EMPEZÓ UNA "MALA NOCHE."

A las siete de la noche de aquel mismo día, no quedaban de la lluviosa tarde mas que algunos charcos en empedrados y aceras, algo de frescura en la atmósfera y en el cielo nubes desgarradas. Por entre girones apareció la luna. Dos fajas de claridad argentina se colaron por las ventanas de la Sección Médica de la 5ª luchando ventajosamente con las lámparas en agonía petrolera.

—Ahora sí, que esto va á descomponerse, señor! Ya tenemos luna!

—Astrólogo inconsciente que es Ud. señor Flon.... Siempre empeñado en relacionar el movimiento de la Sección con las fluctuaciones celestes...

—Es un hecho, señor Sergio; cuanto más relumbra el cielo, tanto más quiere el pueblo *alumbrarse*.

—Es ese un fatalismo de orden meteorológico... Lo ha leído.....

—Sí, señor Sergio; lo leí en Montesquieu.

—Un visionario! Su *Espíritu de las leyes* abunda en visiones expuestas de modo erudito. Una ingirió Ud. que no pudo digerir; le hizo daño... Pero al grano... ¿Qué ha habido esta tarde?

Y el Dr. Esteban Sergio, Médico de la 5ª, en cumplimiento de su visita nocturna a la Sección, se puso a revisar el paquete de certificados que le presentó el practicante. Por orden de tiempo, venía primero el de Arnulfo Arroyo *en tercer período de ebriedad*.

—Arnulfo! exclamó el médico; no es común ese nombre en nuestros pelados. Es un nombre de caballería andante!

—Parece ser un ex-lagartijo, observó Flon; es aquel ébrio golpeado por un gendarme, que no quería dar su nombre el otro día... Ahora agredió a bofetadas a otro tomándolo por su apaleador... Han pedido certificado por lo que pueda suceder. Pero ya salió libre por influencias... Según dicen, tiene grandes amigos, aun entre los jefes de policía.

—Chismes! replicó Sergio firmando el certificado; y siguió revisando los demás: excoriaciones, contusiones superficiales, mordiscos de comadres rabiosas y lesioncitas que una tradicional y caprichosa nomenclatura de comisarías, califica *de esencia*.

—Fueron las primicias de la tarde, pasada la lluvia, repuso el supernumerario. Pero ya empezaron las de cuchillo. Ahí están unas (señalando al “segundo”) pendientes de curación y certificado. . . . Acabo de enviar al 49 con dos detenidos y una camilla para que levanten un herido en la plazuela de los Angeles. Le digo a Ud. que la noche va a ponerse mala.

Por el momento apoyaban el pronóstico los dos contrincantes heridos que esperaban en “el segundo” la sutura de sus cuchilladas. Uno presentaba un chirlo en la mejilla, mientras el adversario había salido airoso, con solo un colgajo de piel en el antebrazo. Poca sangre. Pasada la excitación del mezcal, dormitaban juntos en paz amistosa. Removidos, despertaron. . . . “No es nada—opinó el del colgajo; apenas nos dimos una *llegadita*.”—“Ay! amo, no tan recio!” dijo el otro sintiendo la aguja curva de Flon penetrarle en el chirlo.

Del portón a la oficina del Comisario notába-

se creciente movimiento de gendarmes, grupos de contendientes de las vecindades que todavía excitados seguían insultándose; luego pasaban á la Sección médica para ser “calificados.”

—A ver, sópleme. . . . era la primera prueba de Flon.

—¿Qué le sople? respondió una beldad de enagua colorada, causa de un lío.

—Sople, sople. . . .

—Si no soy su fuelle! Qué? ¿Me quiere oler? Huélame. . . ¿A qué huelo? . . . De seguro que no ha de ser al agua florida. . . . acabo de merendar.

—Déme su brazo.

¿Qué va a hacer con mi brazo? Ah! el pulso. . . . Me va a tomar el pulso! Sólo me falta sacar la lengua para que me pida el peso. . . . ¿Y qué más, señor médico?

—De Ud. unos pasos. . . . Ahora, párese en un pié.

La hembra anduvo derecha; se puso en un pié con donosura, sonriendo maliciosamente de la indecisión de Pedro Flon.—Era, según éste una ebriedad *larvada, atípica*, etc., cuantos dictados puede discurrir un practicante para esquivar el diagnóstico.

—¿Qué período? interpeló impaciente el gendarme que la llevaba.

El médico salió en auxilio del supernumerario.

—“Excitada” Diga Ud., gendarme, que está excitada, lo cual no necesita certificado.

—“*Ujule! . . . esitada!*” remedó la moza y rompió a reír, en tanto que el gendarme tiraba de ella hacia la oficina.

Más complicada que la clasificación de ebriedad, resultaba la tarea de descubrir ciertas lesiones. Sobre todo cuando surgía una *mañosa*, fecunda en artificios para extraviar el examen, con el fin de escapar al terrible hospital. Tal fué una que, envuelta en su rebozo, se presentó luego al examen de Flon.

—Quítese el rebozo.

—Si apenas nos pegamos, objetó ella, lavandera de oficio, lesionada en una refriega de baño. Su cara, cuello y pecho aparecieron estriados de rojo. Tirando de la camisa, el practicante buscaba en las profundidades submamarias alguna herida cuyas rociadas hubiesen subido hasta el rostro.

—Más abajo, de más abajo, observó la lavandera.

—Cómo! ¿Está herida en el vientre?

—Herida? Válgame, señor! si no mas fué una

chongueadita con mi comadre! Lo que sucede es que estoy (con rubor y en voz baja) estoy. . . .

¡Extraño catamenio, que subía al pecho y a la cara! Era necesario un examen profundo, y para practicarlo, empujóla Flon hacia la mesa de curaciones del “primero.” Interrumpiendo la redacción de un acta el Dr. Sergio se informó del caso.

—No sería extraordinario que una mujer tuviese sangre en la cara por causa del flujo. Hay flujos nasales suplementarios y complementarios. . . .

Ante esta observación (un cohete!) de su jefe, Pedro Flon se batió en retirada, y replegándose hacia la nariz sospechosa, se reprochó el no haber observado hinchazón en el dorso y sangre en los bordes.

—No fué cosa, nomás una “chongueadita,” repitió la “mañosa.”

Sin embargo, nada había afirmado el médico de la 5ª. Sólo había puesto un signo de interrogación sobre aquella nariz chata y oscura que disimulaba sus lesiones en la penumbra.—“Tumefacción y equimosis” dijo Sergio acercando el quinqué.—“Fué un *agarroncito* nada más.”—“A la palpación, movilidad anormal y crepitación huesosa.”—“Amén,” murmuró la examina-

da, tomando la jerga quirúrgica por oración latina. — “El epistaxis se ha detenido por sí solo.” . . . Apunte Ud. señor Flon: “*fractura de los huesos propios. Necesita Hospital*” Protestas de horror: “Hospital no!” etc.

Los gritos de la lavandera se desvanecieron en la barahunda de una nueva y numerosa “remisión.” Eran cuatro mujeres, tres sospechosas de aborto criminal; con ellas la partera señalada como cómplice por vagas delaciones. Misterio! No se tenía mas que una parte del *corpus delicti*: la placenta, encontrada en un cajón de basura. La traía el gendarme conductor del grupo, mal envuelta en trapos de que salía colgando el cordón umbilical.—¿Y el feto ó niño? —Quien sabe! Acaso enterrado en el lugar mismo de su expulsión o arrojado en pedazos a la cloaca. . . .

La mas intelectual del grupo era sin duda la comadroncita Julia Banué, joven, no mal parecida, mas indígena que blanca, ornada de varias prendas, entre ellas un bocito que inquietó dulcemente a Pedro Flon. . . . Hija y nieta de comadronas, parteaba de raza. Sin conmoverse por el lío profesional que la circuía, guardaba una actitud cautelosa de gata sorprendida. Sólo habló para rechazar su participación con breves

negaciones. No así sus tres compañeras que se expresaban con soltura.

—Sólo mi comadre Petra era la que andaba abultada, declaró una.

—Mire comadre, contestó la Petra; mire que me está faltando. . . . Se pone conmigo, porque no soy *rijosa*. ¿Cómo no *acrimina* usted a Conchita que es de armas? ¿Le tiene miedo?

—¿Yo de armas? saltó la Conchita, una costeña de ojos procaces.—No tengo mas que uñas para las habladoras. Sacudió las manos contraídas como garras inminentes; luego, con soberbio impudor de hembra ansiosa de maternidad, las posó sobre el hipogastrio. “¿Y qué yo tuve al mocosos? Ojalá! Pero si no encuentro por más que hago!”

—Basta! exclamó el médico interviniendo. Quédese la partera aquí mientras practico un reconocimiento.

A esta orden las tres sospechosas entraron al “primero” que se clausuró. Comenzó el examen con la comadre Petra tendida al través del catre del practicante.

Entretanto Flon en “el segundo” se esforzaba por examinar a María Jacoba, india legítima de San Bartolo Naucalpam, traída a la Sección hacia rato con el aviso de “herida por su hombre.”

—“Nada señor, si no tengo nada!” declaraba la azteca bajo las pesquisas de Flon ayudado por el auxiliar n.º 12 que acababa de presentarse.

—“Levántese la cotona; desfájese. . . .” Inútiles excitativas. María Jacoba juntaba las manos en actitudes que tenían tanto de súplica doliente como de resistencia enérgica.

—“Déjame niño, no tengo nada!”

—Amoniacó! ordenó el practicante en solicitud del líquido que en las comisarias adquiere las proporciones de heroica panacea.

Ya se aprestaba el 15 a dispararle el balazo de álcali, cuando la india, refugiada, en cuclillas, bajo la escalera del tapanco, echó un “ay” lastimero y se desplomó privada de sentido. En la caída, su *cotona* echada a un lado, dejó ver la mama izquierda, alargada y colgante, manchada de algo que en el primer momento escapó a la observación del supernumerario.

—“Síncope!” dijo con la mirada a la cara y los dedos al pulso.

Extendiéndola boca-arriba, desanudó el ceñidor que sujetaba el “chincuete” y procedió a practicar la respiración artificial según las reglas. A cada movimiento de aducción de los brazos, un escurrimiento acompañado de borborismos se producía. . . . ¿Sangre?—Sí que la ha-

bía. Venía de un foquito hemorrágico situado en el hipocondrio izquierdo, lugar de elección de las punzantes mexicanas, pequeñas en la piel, terribles por dentro. . . . La sangre apareció también en la boca.

—“Doble penetrante de pecho y vientre al través del corto-diafragmático,” dijo Flon como si entonara una salmodia habitual. Y abriendo bruscamente la puerta del “primero:”

—“Señor! se me muere la india!”

Apareció Sergio desprendiéndose de una de las sospechosas dejada en posición obstétrica al borde del catre.

Llevada a la mesa de operaciones, la herida se repuso, tonificada por los golpes amoniacaes que le propinaba el 15.

—Mala herida tienes, María Jacoba, y la escondías!

—*Más que. . . .!* contestó la india al reproche del practicante; “mi marido, muy mi marido me pegó”. . . . Y sintiendo la pinza y el bisturí: “ay! padrecito, déjame; si no tengo nada!”

Como la hemorragia proseguía, Sergio después de desbridar, hacía la hemostasis. . . . En esto se oyó un gran ruido en la segunda pieza. Dos pelados (detenidos desde la víspera y forzados a trabajos “voluntarios,”) cargando una ca-

milla, hicieron resonar sus guarachis, al par de los del 49 que venía *guiando*. Luego retumbaron tacones de botas: las de un gendarme, un oficial y el “cabo de puertas.”

Este último penetró en el cuarto de operaciones, en son de carga:

—Doctor! un herido grave; viene desde los Angeles....

—Y la que curo ¿no es también grave? Que espere su turno.

—Viene muy malo, doctor; ordena el Inspector que lo cure pronto.

En un ademán desesperado compendió Sergio toda una historia de luchas inútiles contra las invasiones del personal policiaco. Inútilmente un letrero en la puerta de la Sección decía: “Se prohíbe la entrada a personas extrañas al servicio médico. Los gendarmes deberán esperar afuera mientras se hace la curación de sus remisiones”.... No se ha visto prohibición más violada.... Detrás del cabo autoritario penetraron al “primero” el oficial y sus espuelas, el gendarme y su palo; en seguida escribientes guasones, con la pluma en la oreja.... Era la recua gendarmeril en torno de la cirugía, ávida de banderillas y rejonazos, buscando en la operación ilusiones taurinas. Era ella, amontonán-

dose contra los codos del cirujano horrorizado, rozando instrumentos y curaciones, escupiendo al lado, resoplando en la herida.... Ante esa invasión ¡adiós Cirugía! Sergio se sentía violentamente trasladado a un corral en que se ejecutara la faena, tan tumultuosa en las “haciendas,” de herrar el ganado. Convencido de que nada podía con razones, reprimía sus deseos de volver el bisturí contra los invasores.

Con ayuda de Flon dióse prisa en poner el apósito, y ordenó: “que se la lleven!”—Se la llevaron, como en el rodeo tiran de un cuadrúpedo para que otro le suceda junto al brasero en que refulgen las marcas candentes.

Envuelto el bajo vientre en trapos, rodó el herido de la camilla a la mesa. Bajo los trapos apareció el epiplon haciendo hernia con un asa de intestino. Se disponía Sergio a hacer el lavado y reducción, cuando la llama de la lámpara empezó a temblar y el cuarto “primero” a sumergirse en la obscuridad. La del “segundo” echaba también sus últimos suspiros.

—“Mira 49; saca una peseta de la bolsa de mi chaleco, y vas a comprar petróleo y un velón,” dijo el médico con el acento tranquilo de un hombre que ha pasado por mayores resignaciones. Entretanto, el herido aletargado hasta

entonces por el alcohol, se debatió en la mesa y exhaló un berrido. . . . No había tiempo que perder. Las manos de Sergio y de Flon, húmedas todavía de solución desinfectante, se pusieron a obrar tentaleando, débilmente esclarecidas por la lucecita crepuscular de una linterna de gendarme.

En los cuartos sombríos siguió representándose uno de tantos actos de la tragicomedia "Una mala noche de comisaría," por el tenor siguiente:

El médico y el practicante saliendo desesperadamente del mal caso, hostigados por infecta y heterogénea asistencia; el herido lamentándose entre maldiciones; la india tendida en la dura lámina de la camilla, en espera del *pase* al Hospital.—Replegadas contra la cama revuelta del practicante, las mujeres complicadas en el aborto; la parterita esperando a la capa en un rincón del "segundo;" y cerca de ella, atropellándose confusamente, nuevos gendarmes, nuevos ebrios y heridos.



V.

CÓMO ACABÓ LA MALA NOCHE.

Muy poco hacía que habían sonado las nueve en el cercano templo de San Hipólito cuando el Dr. Esteban Sergio salió de la Sección Médica. Su cabeza inclinada, como si siguiera contemplando en el suelo heridas insondables, lo mismo que la contracción amarga de su semblante, reflejaban el paso de su alma por dos horas de ingrata lucha.

Se detuvo un momento en el dintel del portón de la calle á medio cerrar, aspirando el fresco ambiente, complaciéndose en divisar á lo lejos, hacia el Norte, el perfil indeciso del cerro del Chiquihuite con vagos deseos de trasladarse á su desierta cumbre.

—"Buenas noches, compañero!"